
LOS PARTIDOS Y LOS SISTEMAS DE PARTIDO EN AMÉRICA LATINA

Timothy R. Scully, *Rethinking the Center: Party Politics in Nineteenth and Twentieth Century Chile*, Stanford, Stanford University Press, 1992, 288 pp.

En forma recurrente, mucha de la literatura desarrollada en torno al tema de los partidos y los sistemas de partido en América Latina tiende a prejuiciar las formas de adquisición del poder que se realizan mediante los procesos electorales, al definir que sólo la mayoría superior al 50 por ciento obtenida simultáneamente en votaciones presidenciales y parlamentarias, permite a un partido desarrollar un gobierno sólido y estable.

Sin embargo, para Timothy Scully, el caso de Chile —no obstante la presencia de diversas oscilaciones en su desempeño histórico— se ha desenvuelto en forma atípica respecto del patrón político antes señalado. Sin mayorías contundentes en su Congreso y una tendencia de división ideológica

tripartita (que no implica automáticamente igual número de partidos), este país andino ha tendido a mostrar desde el siglo pasado, y bajo condiciones normales de competición y alternancia, la efectividad que ha poseído una “política de centro” para dotar de convergencia y equilibrio a su vida democrática.

Confrontando las posiciones definidas en autores que consideran la noción de centro como inexistente (Mauricio Duverger) o transitoria hacia la creación de una coalición mayoritaria (Giovanni Sartori), Scully apoya su postura sobre el valor positivo que tiene la noción del centro en la llamada teoría de los *social cleavages* (divisiones sociales), desarrollada desde los años cincuenta y sesenta en los trabajos hechos por Seymour M. Lipset y Stein Rokkan. Aunque también estipula sus diferencias respecto de este enfoque, en cuanto considera que si bien la reproducción de estas divisiones sociales suelen evidenciar un signo de “congelamiento” e ineficiencia de los sistemas de partido, para el caso chileno han sido la clave que le permite funcionar con un extraordinario dinamismo.

En ese sentido, Scully define tres divisiones de largo plazo que han dominado el desarrollo partidista chileno: la cuestión religiosa, el papel de las clases urbanas, así

como la emergencia de las clases rurales como nuevos actores que han ido sucediéndose uno a uno pero sin eliminarse mutuamente. En diferentes “coyunturas críticas”, estas divisiones estimularon primero el cambio de orientación de la sociedad chilena en el terreno económico y social, para luego manifestarse dentro de la arena política partidista. Precisamente porque obligan a un realineamiento que se concreta en un nuevo orden se hace necesaria la presencia de un partido que tienda a sumar las posiciones colocadas inicialmente hacia los extremos ideológicos, pero que por sí solo es también incapaz de gobernar.

Así, Scully encuentra que el Partido Liberal en el siglo pasado, el Partido Radical entre 1890 y 1950, así como la Democracia Cristiana de 1950 a la fecha, han desempeñado la función de ser “partidos de centro” que consiguiendo también instrumentan una “política de centro”. Con ello lo que se perfila es un adecuado sistema pluralista que se distingue como “moderador y centrípeto”, en contraste a los sistemas de tipo “polarizado y centrífugo”, que son preferidos por Sartori y Duverger.

Igualmente es abordada la naturaleza ideológica de los partidos centristas —que también otros auto-

res han definido como *catch-all* (atrapa todo)—, al considerar que “su papel dependerá de su identidad política específica y programa, así como también de la naturaleza de su interacción competitiva con otros partidos en el contexto de una serie de preferencias dadas por el votante. El comportamiento de un partido de centro no puede ser deducido de un modelo abstracto, sino que debe ser determinado empíricamente” (p. 10). Un adecuado funcionamiento del sistema de representación proporcional es prueba fehaciente de la utilidad de este esquema de comportamiento político hacia el centro.

En consecuencia, es factible distinguir por el tipo de capacidad de poder adquirido, entre el partido “programático” y el partido “posicional” (p. 185). Scully define que el primero de ellos busca llegar al Estado para desarrollar compromisos que puedan encarar la división social principal que toma dominio dentro de una elección. En el otro tipo, existe una perspectiva más clara de llegar al Estado e intentar mantenerse en el gobierno mediante la negociación y el compromiso en todos los terrenos puestos en cuestión.

Por ello, el papel de los líderes y los políticos profesionales determinan en mucho la propia confección de las reglas con las

cuales se ha aceptado jugar hasta la fecha con la idea de un sistema democrático "completo", que si bien formalmente ha ido incluyendo a toda la población, en ciertos periodos —como en el régimen pinochetista— se practicó la marginación de la competencia electoral y política de la izquierda.

En este punto, Scully analiza el papel desarrollado por la actual división social que se creó entre los partidarios de la vía democrática y la dictadura, preguntándose si este distanciamiento se diluirá en los antagonismos políticos previos a 1973 o si la misma marcará la pauta hacia un cambio estructural del régimen chileno. Provisionalmente Scully considera esta última situación como una posibilidad remota, debido a que la Democracia Cristiana se perfila de nuevo como la formación política de centro que sostendrá al sistema de partidos.

No obstante la agudeza de Scully en muchas de sus proposiciones, se puede hacer un pequeño par de observaciones críticas a su trabajo. Por ejemplo, Scully aborda muy lateralmente las circunstancias que conducen al ascenso de Salvador Allende al poder, ya que las inserta como un hecho más dentro de una coyuntura general, donde las divisiones sociales urbanas y rurales habían tendido a romper el centro controlado por la Demo-

cracia Cristiana, la que a mediados de los años sesenta se empeñó en desviarse de un papel negociador centrista con objeto de asumir una conducta de partido mayoritario y polarizador cuando obtuvo la mayoría absoluta. El punto es sustantivo porque permitiría estudiar el hecho de que Allende significó el otro "extremo" de la polaridad ya que, una vez roto el centro, éste intenta gobernar solo pese a ser un gobierno minoritario en términos de votación obtenida.

Por otra parte, su evaluación del periodo transicional curiosamente deja intocado el papel "regulador" que han venido sosteniendo los sectores militares dentro del proceso de reintegración a la democracia. De esa forma, es muy difícil identificar cómo la rearticulación del "partido de centro" y la "política de centro" pueden darnos un panorama más claro del reagrupamiento ideológico hacia el cual se está moviendo el sistema partidista chileno en el tiempo reciente, más allá de la mera dicotomía democracia *versus* autoritarismo.

Finalmente, éste a todas luces valioso trabajo de Timothy Scully y su aproximación al estudio de la sociedad política chilena, me motiva a expresar una reflexión más cercana a nosotros. La reorganización de todo sistema político implica construir decisiones y gobier-

nos sólidos sin dejar de reconocer posiciones. Por ello, la idea de “política de centro” sin duda alienta a su revaluación y estudio en contextos nacionales como el mexicano, fortalece en todos los partidos la existencia de posiciones verdaderamente programáticas y dispuestas al compromiso de largo plazo.

De lo contrario, todo se agotaría en la terca filosofía del “todo o nada” que enfrenta a los que conciben un poder exclusivo y encerrado entre cuatro paredes, con los que quieren entrar a “sangre y fuego” esgrimiendo causas justas, pero que, curiosamente, tal vez no

sean los mejores portavoces para defenderlas. Las preguntas saltan a la mesa: ¿sería posible pensar en un verdadero “partido de centro” para México? Sus virtudes han sido claras en muchas de las transiciones democráticas vividas recientemente. Quizá sea efímero, pero su servicio a la historia sería inmenso, porque nadie es infalible ni es poseedor de la verdad absoluta. ¿O por qué no pensar que nuestros partidos actuales compitan justamente por esa posición?

Víctor Alarcón Olguín